



Mercado de Abastos de Logroño. Fachada principal.

LA COMPRADORA

■ Carlos H. Olmos

Logroño. Festividad de los Fieles Difuntos.
1991

El Sol, el sol como un membrillo dorado y suave, como un sueño de dulce tila y la espera. Esperar así quieta como un lagarto; esperar que los minutos, los días se deslicen hacia la nada lentos y silenciosos mientras que sus horas distintas pintan la calle con el tímido azul de la mañana, las campanas de la Redonda sonando a lo lejos, o colorean de amarillo violento el mediodía o tiñen de azul oscuro el ocaso, la casi noche...

El tiempo ahora es sólo un buen amigo que decora mi paisaje desde el mirador...

Tengo, no sé, cerca de setenta años, eran los veinte cuando nací, y siempre he conocido las mismas cosas, las de La Rioja, las de Logroño. Fui niña y moza y mujer sin más mundo que este y sin echar, tampoco, nada de menos. Aquí también jugué, me enamoré y fui mujer casada y, más tarde, madre y viuda... Poco me parece ahora cuando hago recuento y, sobre todo, no puedo creerme que haya pasado tan rápidamente... ¡Qué cortas eran aquellas horas de mis veinte años y qué llenas de sorpresas!... Pero luego vinieron las horas de los treinta, cuarenta y cincuenta años cada vez más apagadas y tristes, llenas de las preocupaciones de los hijos, repletas

de trabajos y apuros, de deudas que pagar, de muertes que llorar...

Pero ahora ya estoy bien, todo está ya bien. No espero grandes alegrías pero las grandes penas me pasan, igualmente, de largo.

Desde esta galería me he convertido en una espectadora de la vida. Veo como la ciudad cambia imperceptiblemente día a día. Desaparecen edificios que me vieron crecer y surgen otros que nada significan para mí, que nunca me servirán de referencia. Hasta mi silla llegan historias de nacimientos y de muerte. Voy tachando rostros que fueron, algún día, queridos y odiados y, poco a poco, construyo un confuso censo de niños y muchachos preparados para sustituirnos. Se ve que, de momento, a la muerte no le corro prisa.



Tengo tiempo para pensar, para recordar, un lujo que antes nunca pude darme. Y, me imagino que como casi todos los viejos, me arrepiento de lo hecho. Ahora se que, si pudiera, mi vida sería

de otra forma. Como a tantos otros la vida me engañó. Jugué de acuerdo a las reglas que me enseñaron y perdí. Fui una niña secuestrada y demasiado buena, una adolescente hipócrita y reprimida que ni siquiera sabía que era así; me casé con un hombre conveniente al que no quería y repetí con mis hijos todos los errores que mis padres tuvieron conmigo. Al final, fui una viuda amargada incapaz de hacer nada que no aprobase la buena sociedad de Logroño. Me digo para disculparme que eran otros tiempos... no sé, era el mío, la única jugada que tenemos, la única oportunidad.

¿Qué he hecho con mis setenta años, qué me queda de tanta horas y minutos, de tantas primaveras y veranos?... Una insípida sucesión de cumpleaños y fiestas familiares; tres álbumes de fotos amarillas y un poquito de oro con el que, a lo largo de una vida, mi marido pagó mi sumisión y mi labor de madre... Allá perdidas en la memoria recuerdo besos y noches de amor, despedidas y fiestas de bienvenida, hombres y mujeres entrando y saliendo de mi vida, ataúdes y cunas, Navidades y trenes que no llegan y otros en los que voy sin recordar a donde. Cierro los ojos y me veo dando el pecho a mis hijos y un momento después, tomo champagne en la boda de la más pequeña y lloro en el funeral del mayor y, como siempre, cierro los ojos para frenar el vértigo de tanto tiempo inútil, de tanto esfuerzo estéril, tanto error imposible ya de corregir y que me trajo a esta silla donde espero y miro la ciudad que tatuó mis años.

A veces se lo digo a mis hijos, les hablo de las horas pasadas a su lado, de las noches en vela, del regalo de entregarles mi vida a cambio de muy poco. Ellos me hacen callar, me dicen que chocheo y cuento siempre las mismas batallitas. Van y vienen con prisa y con prisa comen, me besan y se marchan. Piensan que soy una excelente ama de casa, una gran cocinera. Después de tantos años, de tanta mujer que había en mí aniquilada, sólo soy una excelente cocinera...

→



SEPA LO QUE SE PÉSCA

Ayer, o quizá esta pasada noche, nuestros profesionales de la mar han salido una vez más a la busca y captura del pescado azul.

Los Bonitos, Sardinas, Jureles, Caballas y tantos otros pescados azules, son una fuente importante de proteínas, vitaminas



PESCAZUL
D.O
Péscuelo hoy

y grasas. Además, en estas fechas están en su mejor momento, abundantes y con una amplia demanda. Es nuestro pescado, el de siempre, y se puede preparar de mil maneras diferentes.

Facilite el comercio y la distribución de los azules, frescos como el que más.



Tienen razón, tienen mucha razón. Maté a la adolescente enamorada; a la mujer rebelde que quería ser una buena compañera, de igual a igual, junto a su hombre, asesiné a muchas otras que me querían nacer para ser, al final, una gran cocinera, una perfecta compradora...

Miro mis manos con un poco de pena. Ellas me hicieron prisionera. Con ellas pagué una infinita sucesión de carnes y verduras, de pescados y frutas... Dinero por comida, todos los días, cada día del año y, después, una eternidad junto al fogón... Sopas y sofritos, purés y papillas para los niños, comidas complicadas para los días de fiesta, caldos apresurados para los días de duelo, menús de régimen para los enfermos de la casa, montañas de comida y de fritanga que ocuparon mi vida por encima de cualquier otra cosa, que me perfumaron con un olor a ajo y a cebolla imposible de quitar con duchas, perfumes o cremas limpiadoras y, también, el dinero, billetes o calderilla, contado con angustia avariciosa en los malos tiempos, intentando hacerlo crecer para llegar a pagar una comida decente para todos, algo que llenase la tripa de mi gente o, en los buenos tiempos, sin miedo a gastarlo, capaz de pagar los lujos gastronómicos que me pedían: rosadas cigalas, salobres rodaballos, lubinas y merluzas pero, siempre, en mi bolsillo haciendo ese camino odioso de casa hasta el mercado, el templo maldecido del que me había convertido en una diaria sacerdotisa, en una vestal que no podía faltar a los ritos diarios...

Mi vida, sobre todo, ha sido eso: el rito cotidiano de recibir un rutinario beso en la cama; hacer los desayunos y mandar a los hijos al colegio y, por fin, quedarme sola en casa, en el silencio de las diez de la mañana, con las camas deshechas y el fregadero lleno de tazas sucias, ese momento en que las casas parecen madrigueras tibias con todas sus alimañas fuera. Hasta las doce son horas de trabajar con la mente en blanco, a veces te ves en el espejo del armario y no te reconoces y algunas amigas me contaron que, a esas horas atroces, se acostumbraron a



beber. Cerca del mediodía, te arreglas y cuentas el dinero, piensas en qué harás de comida, sólo eso. A veces te duelen los ovarios, te encuentras mal, hace frío en la calle o llueve y tu quisieras quedarte en casa... No importa, te reclama el Mercado, tienes que ir a la Plaza. El Mercado es el templo que regula tus horas y te vistes y sales a la calle y caminas mientras, por dentro, recitas la salmodia de lo que has de comprar. Contigo en el camino se juntan otras muchas. Van como yo, con ropa de diario y una bolsa vacía, como un flácido estómago que reclama comida. Aprietan en su mano un bolsillo gastado. En él va el pasaporte para llegar al mostrador de la carnicería, del frutero, de la pescadería. Pedirán en voz alta el solomillo prepotente o, en un susurro, la asadurilla humilde para el gato que el carnicero servirá con ironía porque sabe de sobra quién comerá el sonrosado bofe.

Finalmente allí estás, en la Plaza de Abastos, el Mercado, como un templo al que amas y odias y al que entregas tu vida sin un gesto. Un lugar como un ser vivo gemebundo, lleno de ruido y ecos, repleto de olores animales. El Mercado, una estación inevitable donde el tren de mi vida llegaba todos los días a las doce y cuarto.

No puedo recordar el olor de mis hijos, no recuerdo el rostro del que fué mi marido, incluso me cuesta acordarme de cómo era yo de joven y,

no obstante, tengo impregnado en mi memoria el olor del Mercado, una mezcla de matadero y huerta, un altar de holocaustos y un jardín de fruta envenenada. En el centro estaba la verdura recién traída cada mañana de las huertas cercanas. Verdes agrios de la lechuga y la escarola, blancos de fósforo de la cebolla y de los puerros, las patatas como terrones ocres de la tierra, y los pimientos igual que ofrendas de rojos corazones brillantes y sangrientos. Junto a la verdura las montañas de fruta que me hablaban de la estación del año en que vivíamos: melones y naranjas, chirimoyas y uvas, plátanos y manzanas, higos rebosantes de azúcar, melocotones como mínimos soles amarillos... El mundo estaba vivo y aquí estaba.

Y de allí a la carne, los blancos mostradores de mármol de las carnicerías me parecían quirófanos recién abandonados por un loco cirujano. De los ganchos colgaban hígados que chorreaban sangre, lenguas en un postrero gesto de burla al comprador, bofes rosados con una obscena e

momias saladas recordando al lejano mar y, todo ello, mezclado en un rumor indescifrable, un cántico hecho con voces y con gritos aislados, el rompeolas de la vida, de una forma de vida para todas nosotras que cumplíamos allí como compradoras eternas un destino no escrito en vez de aquel distinto que ya jamás, jamás sería el nuestro.

La primera vez que fui sola al Mercado de Logroño era una niña, no tendría más allá de diez años. Fue al principio de los años treinta y la Plaza estaba recién inaugurada. En Logroño todo el mundo decía que el Mercado nuevo era algo especial, una obra de arte. Le escuché comentarlo a mi padre en la mesa. El, además de dedicarse a la construcción, era amigo del arquitecto, un señor que creo recordar se llamaba Fermín Alamo, me hizo gracia que su apellido fuese el nombre de un árbol y por eso lo recuerdo. Mi madre me contó que, muchos años antes, en tiempos de cuando la abuela era joven hubo allí una iglesia dedicada a San Blas y, luego, un mercado de verduras hecho todo de maderas.

Fui soñando todo el camino que era ya mayor, una señora, una mamá que iba a la compra. Llevaba el dinero bien apretado en mi mano infantil y, al brazo, una bolsilla que me empeñé en coger. Aquella vez primera fue una bella aventura, un breve sueño más en mi vida de niña pero, también, una marca que nunca más se iría.

Pronto murió mi madre y el Mercado dejó de ser un juego para pasar a ser un deber cotidiano. De repente me convertí en la hembra que daba de comer a la familia, una sacerdotisa del puchero y la compra, la guardiana del fuego del hogar. El mundo se me hizo más pequeño y el Mercado creció en mi vida hasta ser del tamaño de una gran pesadilla. Pero no me daba cuenta, ignoraba que mi sueño era eso: un mal sueño. El mundo entero se alió para decirme que era buena: mi padre, mis hermanos, las vecinas, la gente conocida de la calle no paraban de alabar mis bondades, lo justo de mis actos. Yo misma estaba convencida que era así, nunca pensé otra cosa.



íntima apariencia, bandejas de testículos, embuchados, gordillas, patorrillos, brazuelos de cordero esperando la guillotina vendedora. Todo me daba asco y todo, también, me fascinaba: el olor de los puestos de especias, clavo, canela, vainilla y pimentón; el perfume del bacalao,





Dejé mis libros, mis clases de piano y me hice experta en carnes y pescados, en guisos y limpiezas. Cada semana mi padre me entregaba el dinero para llevar la casa. Y nunca protesté, hacía que llegase como fuera al sábado siguiente, peleaba con el mercado, contaba las monedas y me inventaba guisos hechos con ilusión y con poco dinero. Nunca pudo conmigo la cesta de la compra...

¿Fui feliz?... No lo sé, ahora creo que no pero, entonces, la felicidad era hacer lo que todas: se una buena niña, una hija buena, una esposa correcta y una madre ejemplar... Seguir la marca sin salirse de ella, no dar la nota, ser normal...

Cumplí todo. Mi padre y mis hermanos tuvieron una criada sumisa y obediente, una desconocida que nunca dijo en voz alta que

pensaba y, en Logroño, me pusieron de ejemplo en muchas casas. Yo bien sabía que daba pena a mis pocas amigas y que todas pensaban que era aburrida y triste, aunque muy buena chica...

Solamente era yo cuando, hacia las doce, salía de casa camino del Mercado. No me quedaba más libertad, no quería ya otra, que escoger la comida, hablar con los tenderos, tocar la fruta, decidir qué pescado iba a comprar. Lo demás era silencio y pura espera. Quería un milagro, un prodigio o no quería nada y, claro, nada milagroso ocurrió.

La guerra se notó mucho en el Mercado que se volvió un sitio fantasmal y casi vacío donde apenas se encontraba nada. Pero, a pesar de todo, nunca faltó un plato de comida en casa para todos. Nadie sabe más que yo lo difícil que

fué, las angustias que tuve que pasar cada día para conseguir el mínimo milagro de algo caliente. Tras la guerra todo volvió a ser como antes. Mis hermanos se fueron y mi padre murió, Yo acepté casarme con un hombre de cierta posición, un hombre bueno y algo tonto con el que pude permitirme no tener que crecer. Regresé nuevamente al Mercado, como antes de la guerra. El viejo caserón de la calle Sagasta me recibió como si nunca hubiese pasado el tiempo. No tenía más que hacer sino recorrer los puestos lentamente, me llamaban, me ofrecían los mejores productos y yo rechazaba, escogía como una diosa cruel y caprichosa.

Y es que algo así somos tantas mujeres que cada día, toda la vida llegamos con las bolsas al Mercado, a la Plaza; una especie de nutricias diosas transformadoras de la energía, transmisoras de la vida, guardianas de esa metamorfosis cotidiana que hace que el mundo siga. Miles de manos llevan en todo el mundo el dinero a los altares de la carne y la fruta y convierten la comida en un poco de hombres, en un fragmento de personas creciendo hacia la nada, aprendiendo la oscura sinfonía de la supervivencia.

Desde mi galería puedo ver el mercado: Es la hora en que vuelven las mujeres cargadas; viejas que ya conocen el secreto y otras, más jóvenes, que lo están aprendiendo. Vuelven todas esperando el milagro, algo que les haga tirar sus bolsas para siempre, no regresar jamás a hacer la compra...Piensan que puede ser mañana, hoy quizá... Un hombre diferente, una herencia, un premio gordo de la lotería. El milagro sucede pocas veces, la vida no deja dimitir a casi nadie. Yo tardé casi cincuenta años en aceptar esa terrible historia, esa aplastante conclusión: soy una jubilada de una



críptica secta dedicada, igual que las demás, a mantener la vida a lo largo del tiempo. Comprar y cocinar un día y otro día. Recibimos la caza y los frutos salvajes hace millones de años de nuestros hombres heridos y agotados; de nuestros pechos brotó la leche como un interminable manantial y salvamos, así, a nuestros cachorros; para nosotras inventaron el fuego y las vasijas y trocamos el sexo por las pieles, nuestro miedo por nuestra sumisión y, luego, machacamos el trigo, cocemos y amasamos para las bocas que nos rodean y compramos comida en mercados y en ferias, matamos animales y ahumamos y salamos para que en el invierno no se muriese nadie que estaba a



nuestro cargo y parimos en cuevas y hospitales porque nuestra misión era crear la vida con cualquier elemento en nuestras manos.

Mi historia, nuestra historia, es un cuento de vida. Los hombres, los amores se olvidan. Nada importan las guerras, los sufrimientos, las palabras que escriben los poetas. Somos tan sólo un eslabón que no debe romperse, un instinto más fuerte que

todos nuestros sueños y deseos. No importamos si no es para seguir hacia adelante.

Si volviera a esa edad en que todo podía ser cambiado, sé que me vestiría al filo de las doce y cogería el viejo monedero sabiendo, ¿cómo no?, que estoy equivocada, regresaría al Mercado con mi bolsa y, probablemente, esperaría que ocurriese un milagro.

■ CARLOS H. OLMOS es periodista y escritor. Nacido en Madrid, está afincado en Logroño desde 1.980. Las fotos han sido realizadas por el propio autor.

EL ESPLENDOR DE LA RIBERA

El Mercado de Abastos de Logroño, que sirve como referencia y escenario fundamental para el cuento "LA COMPRADORA", fue proyectado por el arquitecto riojano Fermín Alamo en 1928, y en ese mismo año inició las obras el constructor Mariano Yuste Yagüe, que ya en otras ocasiones había trabajado sobre planos de este mismo arquitecto.

El Mercado está ubicado en el centro de la ciudad, en el mismo lugar que había ocupado antes la Iglesia de San Blas, derruida en 1837, y donde posteriormente se contruyó la Plaza de la Verdura, desaparecida al comenzar las obras del Mercado de Abastos.

La antigua Plaza de la Verdura era una construcción de madera, carente de las más elementales condiciones higiénicas, y de ahí se desprende el proyecto del Mercado de Abastos, coincidiendo con el fuerte crecimiento de la ciudad de Logroño en los años veinte y treinta.

El Mercado de Abastos se construyó entre julio de 1929 y diciembre de 1930, cuando fue inaugurado, con un edificio de claras connotaciones modernistas, que incorporaba elementos muy avanzados para las técnicas de construcción de la época, tanto por la solución espacial diseñada por Fermín Alamo como por la utilización de hormigón armado en toda su construcción.

El Mercado es un edificio de tres pisos, con planta rectangular, rodeado por cuatro calles, con cuatro entradas simétricas, que en un principio contemplaban el acceso directo de los carros de mulas al interior del mercado.

Respecto al exterior, las fachadas se levantan sobre un zócalo de piedra artificial moldurado y, el resto "estucado a la Neolita, imitando piedra devastada con plintos en pilastras, piedra abujardada con plintos en entrepaños y esgrafiados en frisos", según recoge Inmaculada Cerrillo en su obra "Tradición y Modernidad en la Arquitectura de Fermín Alamo".

La distribución interior del espacio en el Mercado se resolvió

instalando los puestos a los lados, recogiendo la luz directamente de la calle, con el objetivo de hacer el tránsito más fácil y fluido.

En la planta de la calle se encuentran, mayoritariamente, las carnicerías, y en el espacio central se instalan puestos de frutas y verduras que gestionan directamente los agricultores de la huerta riojana; mientras que en la segunda planta se encuentran las pescaderías y establecimientos de productos no perecederos; y, finalmente, el tercer piso está ocupado por fruterías.

El Mercado de Logroño ha sido restaurado recientemente por el arquitecto Rafael Alcoceba, respetando sus características



originales. Las obras remodeladas se concluyeron en 1988 y consistieron, básicamente, en una limpieza de fachadas y adentamiento general del edificio, la sustitución de los viejos puestos por otros nuevos, y la instalación de servicios higiénicos y un ascensor.

Este Mercado sigue acaparando, en la actualidad, la mayor parte del comercio detallista de productos perecederos en la ciudad de Logroño y recogiendo, entre sus paredes, todo el esplendor de la ribera del Ebro.